

pre la boca de un pobre anciano, quiero descorrer ese velo y que cese en nosotros la incertidumbre. — Sólo por el principio de que tal vez vd. consiga averiguar el paradero de mi padre, quisiera que tomara cartas en este asunto, pero como trata de castigar á ese sujeto no me puedo resolver á admitir su propuesta, yo quisiera también que vd. estuviera convencido hasta la evidencia de que soy inocente, pero si todo eso no ha de poderse arreglar más que derramando sangre y exponiéndose vd. prescindiendo de todo, déjeme retirar á la miserable estancia donde estaba, á llorar en uno de sus tristes rincones mis infortunios como lo he hecho en tanto tiempo, renuncie vd. de mí, D. Alejo, no se contagie con mi desgracia. — ¿Que renuncie de vd., Mariquita? más fácil sería que hiciera vd. eclipsar ese sol que nos alumbraba, desaparecer esos montes ó desgajarse los cielos; ya se me puso en la cabeza castigar á ese bicho y no se ha de quedar riendo, voy á meditar mi plan y cuanto antes quedará vd. vengada, y averiguado el paradero de su padre, pues mientras no consiga ambas cosas, no vuelvo á presentarme á su presencia, esta es mi última resolución, así entendiera que pereciera en la demanda, esas manchas se lavan con sangre, María, con la sangre del infame, del traidor ó del alevoso, excusado es que trate vd. de persuadirme porque no he de desistir.

— Muy bien, D. Alejo, muy bien, es vd. muy dueño de su capricho, lo considero capaz de hacer lo que se le antoje, pero yo también mando en mi voluntad, soy dueña absoluta de mi corazón, y mi resolución es irrevocable, ¿lo entiende vd., irrevocable? — ¿Cuál, María, cuál es? — *Jamás le daré la mano de esposa á un hombre que tenga la suya manchada con sangre humana*, ahora, D. Alejo, vd. obre como le convenga. — Pero, Mariquita, con esas solas palabras me desarma, me ata las manos y... — Discurra vd. otro modo, no de vengarme porqué no lo exijo, sino de quedar satisfecho de mi inocencia, de indagar el fin de mi desventurado padre, en fin de tranquilizarse á sí mismo ya que por mi desdicha también lo persigue mi estrella fatal. — Corrientes, pero infórmeme del acontecimiento para formar mis planes. En breves palabras me contó los pormenores mismos que supe por D. Rosendo, agregando: — Por no demorarnos en la cocina, en cuanto devolvían los platonos de

la mesa, me puse con las dos criadas á cenar, mi padre se metió á acostar acompañando á los huéspedes, y nosotras poco á poco fuimos narcotizándonos hasta quedar privadas de sentido; casualmente el mayordomo necesitando la llave del cuarto de ateros; entró buscándome al otro día como á las nueve de la mañana, nos encontró tiradas como muertas, se alarmó y providenció que fueran por el facultativo y nos atendieran; mi padre fué á encaminar á los caballeritos hasta el sitio en que al pasar la diligencia los recogió, se entretuvo en el campo y no volvió hasta el mediodía, el médico descubrió nuestro mal sin mucha dificultad, pues al estar haciendo las averiguaciones se encontró con indicios muy claros y nos atendió con tino. Hasta las tres de la tarde volví á recobrar el uso de la razón sin acordarme de nada, pero sí conociendo mi desgracia, que hizo más patente este maldecido tumbagón que con las iniciales de su dueño me encontré puesto en un dedo, no dejándome duda alguna del autor de mi deshonra, pocos días después temerosa de fatales consecuencias le conté á mi padre lo ocurrido, pues el médico prudentemente no quiso divulgar aquello haciendo á todos creer que habíamos padecido un encarbonamiento y nada más. Lleno mi padre de indignación prescindió del destino, recogió un certificado del facultativo y marchó para México á quejarse, no consiguió nada del curador del gracioso Manuelito que con dinero y otras propuestas humillantes quiso quietarlo, teniendo aquel hecho por una muchachada y pasatiempo de su pupilo, ocurrió á la justicia, gastó algún dinero y al cabo de cuatro meses le hicieron saber la sentencia de que se me indemnizara con un marco de plata; eso me escribió en la última carta que recibí por el correo y no he vuelto á tener más noticia, con ese cuidado marché en su busca, me entregaron en la casa que estuvo alojado, su caballo, su ropa, y estaban en igual cuidado; salió una tarde á dejar al correo la carta susodicha que me dirigió y no volvió á parecer, yo misma anduve tomando informes en la casa de diligencias, en la diputación y en cuantas partes me aconsejaron, gasté cuanto tenía, y por no abandonar á mis tíos, así como con la esperanza de que tal vez lo hubiera hallado en mi casa regresé acompañándome en el camino con unos inditos de Chupio que casualmente me en-

contré con ellos, unas veces á pie y otras en un burrito llegué al Real, después de una penosa caminata; como se me fueron agotando los recursos, y de vergüenza huyendo de nuestros conocidos, vinimos á ocultar nuestra miseria á la triste casa de que vd. nos ha sacado; referirle mis escaseces y penalidades, es en vano, pues atendida á coser ajeno he sufrido lo que no es decible, y si Dios no me depara á Pánfila que ha sido mi fiel amiga, mi madre, mi consuelo, y el cuervo que nos ha ministrado el alimento, puedo asegurarle con verdad que hubiéramos perecido de hambre. Esto es cuanto tengo que decirle, ya le confesé que lo amo, no quiera vd. por un capricho martirizar más mi adolorido corazón.

— Venga ese anillo, voy á discurrir, calme vd. su inquietud, no seré indigno de su mano, y ese gracioso y travieso caballero llevará su tapaboca. — ¿Pues qué piensa vd. hacer? — Quién sabe, eso dependerá de las circunstancias que acontezcan é ignoro cómo se irá redondeando este negocio; si le aseguro por nuestro amor que se tranquilice vd. porque la tranca que me ha puesto no la puedo brincar.

Me fuí al tercer día á ver á mi patrón, y como me dispensaba su confianza le conté todo sin omitir ningún pormenor, y al saber que mi futura era María D. G. puso una cara de fiesta preguntando con empeño: — ¿Dónde está esa niña, dónde está? — Yo la tengo en la hacienda con sus tíos. — Hombre, no sabe el gusto que tengo, por más indagaciones que he hecho no he podido saber de su paradero, la quiero como si fuera de mi familia, es hija de mi difunto amigo D. Fulano. — ¡Cómo! ¿que ya falleció el padre de María? — Sí, señor, hace más de un año que tuve esa pesadumbre. — Pues su hija ignora esa catástrofe. — No es extraño, pues ese suceso lamentable no dejó de costar mucho trabajo averiguarlo, y si no se atraviesa un negocio de dinero se queda sepultado en el olvido; se lo voy á referir á vd. para que vea cómo le dora la píldora á esa pobre criatura, y que en lugar de cuidado por su padre le dirija plegarias.

Aunque yo le tuve á mal á mi amigo su empeño en castigar á ese tunante, no lo pude convencer, el hombre era delicado, tenía justicia, ignoraba qué casta de pájaros son algunos corte-

sanos, y marchó creyendo en el tecolote, para que no le faltaran recursos le di una libranza abierta para que pidiera á mi corresponsal cuanto quisiera, presentó la letra, tomaron razón en el escritorio, dejó las señas de su habitación, su firma para cuando no pudiera ocurrir personalmente, y dijo que por entonces no necesitaba nada, se guardó el documento en su cartera y no volvió á parecer por allí. Empezó el negocio que llevaba, tuvo mil disgustos, sufrió muchos desengaños y remachó el clavo la sentencia y picardías con que le barajaron el negocio, le escribió á su hija la carta que ella menciona en la casa en que estaba alojado, y al echarla al correo se afectó tanto, seguramente pensando en la impresión que iba á causar su noticia, que en ese instante perdió el juicio y no supo volverse, sino que andando á la aventura hablando solo, sepa Dios por dónde anduvo, desde esa tarde hasta las diez de la noche del día siguiente que sorprendido por unos malhechores en el barrio de la Palma, le robaron cuanto tenía, tal vez se defendió y le dieron una porción de cortadas en distintas partes del cuerpo, dejándolo solo en calzoncillos blancos, hasta las doce que fué encontrado por un cabo del alumbrado que dió parte á la autoridad inmediata, se providenció remitirlo á la diputación de donde desde luego fué enviado al hospital sin que se supiera quién era, cómo se llamaba, ni hubiera quien lo conociera, pues la pérdida de sangre lo tenía privado de todo sentido. Cuando pudo aliviarse de sus heridas estaba mucho más trastornado su cerebro, y tampoco se pudo averiguar nada de él mismo, probada su demencia, fué trasladado á San Hipólito, en donde á los dos meses falleció, quedándose todo en la mayor obscuridad por entonces. Mirando que mi amigo dilataba escribí á mi corresponsal suplicándole que inquiriera noticia, y entonces sólo me contestó que ni en la casa de su alojamiento supieron dársela, pues ignoraban su paradero y estaba en el mayor cuidado su niña por averiguarlo, quedé lleno de zozobra no sólo por él, sino también por la muchacha, pues no supe cuándo se marchó. Ya habían pasado otros dos meses cuando de buenas á primeras, se fué presentando un D. Petate en el escritorio demandando quinientos pesos; con la libranza que mi amigo cargaba en su cartera, mi corresponsal que estaba sobre

malicia, hizo pasar al sujeto á tomar asiento, mandó á un dependiente contar el dinero, salió á la puerta, gritó á uno de sus criados y me le echaron guante bonitamente; entregado aquel pillo á la justicia delató á uno, aquél á otro, y se fué desatando el nudo hasta aclarar la verdad del desgraciado fin de mi buen amigo, que después de muchos pasos pudo descubrir mi encargo, me lo escribió con sus pormenores, y en compendio se lo he referido, sin haber podido decirme de Mariquita más que ya se había regresado para su tierra; aquí y en muchas partes la he buscado, y si María ha pasado necesidades, ella tiene la culpa por haberse excusado de mí. — Dispénsela vd., señor D. Pablo, pero avergonzada por el suceso que tal vez se hizo vulgar, ha huido de sus conocimientos y relaciones. — En cuanto á eso puede estar tranquila, porque le aseguro que sólo á mí me confió su padre secreto; en fin sea lo que fuere, le doy á vd. la enhorabuena y aplaudo su elección, cuente conmigo y con mi bolsa, ¿qué más desea? — Que me dé vd. permiso para ir á México á poner en planta este proyecto y arreglar ese negocio; le descubrí mi plan, me ayudó á desarrollarlo y se fué á estar en su hacienda mientras yo volvía.

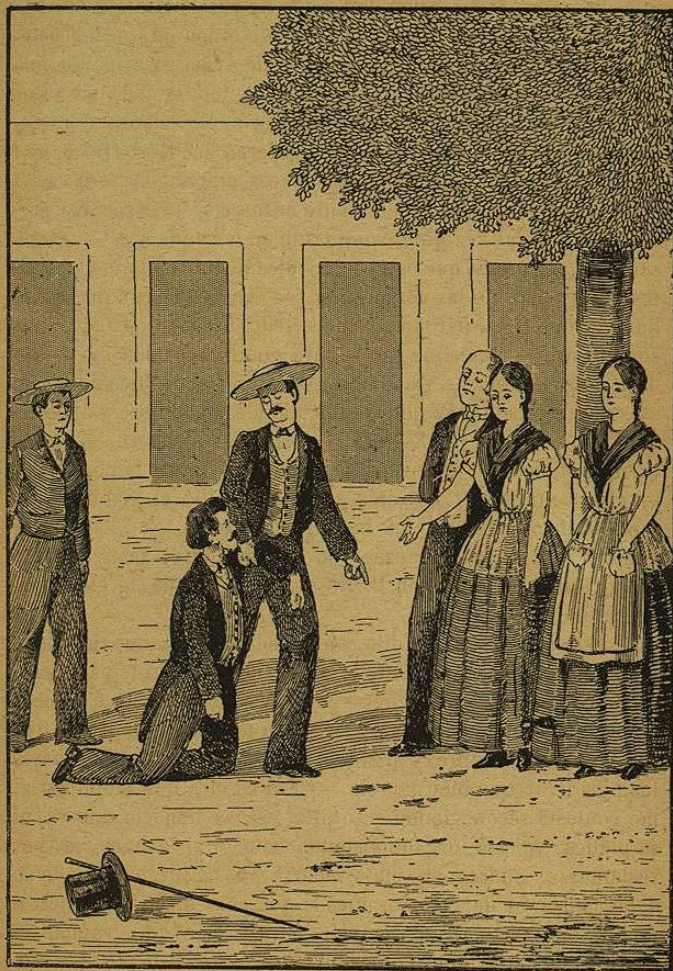
Me reservé dar á María la noticia de la muerte de su padre, dispuse mi viaje acompañado del caporal que era hombre de secreto á la vez que de buena canilla, partí para la hacienda de mi travieso Manuelito, el arrendatario de ella me dió cuantos informes quise tomar, y con ellos tomando asientos en la diligencia violentamos nuestra marcha. Llegamos á la capital un viernes, el sábado lo anduve pastoreando, y por un catrincillo de quien no se despegaba supe que de sus dos cómplices de muchachadas, uno había muerto y otro estaba en Veracruz en el cuerpo de ambulancia; el domingo no lo perdí de vista siguiéndole los pasos hasta cerca de las ocho de la noche que salimos del teatro de Santa-Ana, y nos fuimos al café del Coliseo Viejo, él acompañado de otros tres leoncitos, y yo de mi viejo caporal. Por fin, cuando acabaron unos de tomar café, y otros chocolate pidieron un ajedrez y se rodearon varios curiosos, y yo entre ellos pensando el cómo y haciendo hora de darle un jaque á mi modo, por fin cerca de las diez se fastidió de jugar, y otro de los compañeros siguió por él, entonces dándole un to-

quecito al hombro le dije: — Dispense vd., caballero, ¿es vd. por ventura D. Manuel F. C? vengo de la hacienda, y D. Hermenegildo me hizo un encargo para vd.

Al escuchar el nombre de su arrendatario puso un semblante muy alegre, se paró restregándose las manos preguntándome: — ¿Alguna libranza, no es así? — Precisamente, lo he buscado en su casa varias veces y como trato de volverme muy pronto vd. me dispense si en este sitio lo he molestado y quitado de su diversión. — ¿Y cómo está D. Hermenegildo, siempre tan robusto y...? — Sí, señor, echando panza, no pasa día por él, y cada vez más gordo. y buscándome en las bolsas exclamé: ¡Qué bestia soy! ya se vé como me mudé chaqueta tan de prisa, allá me dejé en el cuarto la cartera. — ¿En qué parte? — Aquí no más, caballero, en la casa de diligencias, si vd. tiene la bondad de acompañarme de una vez dejaremos arreglado este negocio y no perderé la oportunidad de marcharme mañana. — No hay inconveniente, vamos; ya vuelvo, chicos. — ¿Pues adónde vas? preguntó el que estaba de mirón. — No dilato, ya vuelvo. — Gana que excuses decirlo, replicó otro, ya escucho no sé qué cosas de librancitas que te trae este jarocho. — Anda, agregó el tercero, que ya sabes que cuentas con nosotros hasta el último medio, eh. — Se despidió, y tomando mi brazo como si fuéramos amigos viejos, nos dirigimos para mi alojamiento. tijeateando á D. Hermenegildo porque escaseaba las letras; á una leve indicación nos tomó el caporal la delantera, y cuando llegamos ya estaba el cuarto abierto, la luz encendida, y él parado de centinela; lo estuve enchinchando largo rato, se promovió conversación sobre la comedia de en la tarde, me hice el tonto de que no la había comprendido y se puso á relatármela con sus pelos y sus lanas, pedí unas copas de coñac que se las absorbía sin gesto, y algún tanto alegroncito me empezó á referir sus conquistas, y yo dándole cuerda de cuando en cuando lo hice pasar el tiempo, hasta que mirando su reloj me dijo: — Ya es muy tarde, pida vd. por ahí un tintero para ponerle el recibo, y siento mucho que se regrese tan pronto porque me ha simpatizado vd. y... — Creo que no es necesario el tintero. pues las libranzas previo el reconocimiento de la firma son pagaderas á la vista. — ¡Cómo! ¿no es una sola? dijo

alegría. — Dos, D. Manuelito, dos, y porque no entendiera vd. que soy exigente me había demorado en presentárselas. — Entonces no son para mí, porque no tengo quien gire en mi contra. — Quién sabe, una sirve de carta de aviso para el reconocimiento de la principal, que identificada tendrá todo su valor y fuerza; pero antes de entrar en más explicaciones dígame, ¿conoce vd. esa cajita, y sabe qué quieren decir esas iniciales? — Ja, ja, ja, ahora me sale vd. con esa empanada; esa cajita se la vendí á D. Rosendo en cuatro onzas con un específico particular, y vd. tal vez quiere que también le venda y... — Precisamente, pero creo que estas letras dicen cómo se llama ese remedio, pero yo no las comprendo. — Ja, ja, ja, con razón nos llaman imbéciles, bárbaros, etc. si todos los fuereños están por conquistar; esta caja me servía para guardar chacharitas y para darle valor á eso que vd. llama remedio, me deshice de ella y esas letras no son más que las iniciales de mi nombre y apellido M. F. C. — Ja, ja, ja. Es verdad, hasta ahora reparo. — No es extraño si siempre están vds. reparando, disimule la confianza. — ¡Vaya un chiste! Tú serás grandísimo pillo el que de veras repares, decía yo entre mí haciéndome guaje. — ¿Esa es por ventura una de las libranzas? se la respaldaré, pues aunque tengo una cuentecita con D. Rosendo, no me da la gana por ahora de pagársela.

— Esta caja, señor, le dije con seriedad, es el anuncio que le indiqué para el reconocimiento del documento principal, basta ya de charla, á lo que vengo vengo; ¿conoce vd. este tumbagón? tiene las mismas iniciales y no me podrá negar ya que son las de su nombre y apellido, y metiéndole la mano hasta los ojos le arrimé bien la vela. — Esa es otra que mejor baila, me contestó reconociendo su anillo, ese es negocio que ya ni se platica, ya está juzgado y sentenciado, y si lo hace vd. por reclamar el marco de plata, ocurra vd. al juzgado donde se debe conservar depositado, pues lo que es á mí me lo hicieron escupir. — Pues ya que escupió, es necesario que trague, no soy muy material y me conformo con que sin gesto se tome este par de píldoras que apenas pesan dos onzas, y saqué de las bolsas de mi pantalón mis pistolas; ahora creo que conocerá que esta libranza es pagadera á la vista, á donde dé voces ó trate



Bese Vd. esas huellas ó lo estrangulo...

de armar mitotito, mire, con que lo despacho, y también saqué mi puñal de la chaqueta. — Pero, hombre, esto es un asalto, un... — Chits, chits, punto en boca; ya que tanto le he simpaticizado no tema una traición; D. Chema, vaya vd. á tomar tres boletos de la diligencia del interior, volvió el caporal diciendo : — Ya están tomando todos los asientos. — Pues que nos preparen un carruaje cualquiera, un carricoche, un guallín ó demonios, y que marche una hora antes que la línea. — Señor, cuesta ciento diez y ocho pesos hasta la villa. — Corrientes, páguelos vd. y de paso pida la cena y encargue que nos despierten. — ¿Pero qué piensa hacer? se atrevió á decir D. Manuelito muy azorado. — Si le dijera mis pensamientos, vd. temblaría de pies á cabeza, grandísimo pillo, bastante tiempo nos quedará por ahí para platicar, y entretanto no cacaraque porque me hará creer que es gallina. Llegó el criado con la cena, el caporal la recibió en la puerta, puso la mesa, y no hubo modo de que pudiera hacer alguna seña á otra persona del conflicto en que se hallaba. — Arrímese, caballerito, no se dé á la pena, los duelos con pan son menos, y para todos hay como no arrebatan. — Gracias, me contestó dándome la espalda. — Peor para vd. y que le haga buen provecho. Acabé pronto, el caporal se llevó los trastes, cuando volvió cerramos nuestra puerta, uno paseándose, y otro sentado enfrente de mi aturdido amiguito esperábamos las tres de la mañana, trató de querérseme resistir, pero le dí un agarrón á tan buen tiempo de la corbata que cabresteando muy aprisita bajamos al patio, montamos en el carrito de postas y sin darle tiempo para gritar, pues al salir de la casa quiso hacerlo, marchamos como exhalación sin que nadie chistara una palabra, en la segunda remuda nos desayunamos, y mediante una galita al cochero conseguí que desviándose del camino nos condujera al pie de un encinal; allí nos apeamos, me interné con mi amigote hasta el sitio que me pareció á propósito y le dije : — Señor don M. F. C., aquí sin que nadie nos escuche podemos hablar con franqueza, al mirarle barbas en la cara creo que es hombre, y por lo mismo espero que no se excusará de tomar cualquiera de esas armas para que nos rajemos el alma, esta es la libranza, pague ó respáldemela, y puse junto á él mis pistolas y dos puñales. — Esta es una

traición, me ha sorprendido vd. y no vengo prevenido. — ¿Traición, dice vd. miserable, pues qué otra cosa hizo vd. para burlarse de una niña honrada, sino traidoramente narcotizarla? se juzga sorprendido el sorprendedor, yo le he echado el guante cara á cara, y si el miedo lo obligó á no chistar, vd. es más vil al sorprender un cuerpo falto de sentidos que no le podía hacer resistencia: dice que no viene prevenido, pues porque no ponga ese pretexto he puesto esas armas á sus pies, empuñe las que guste, todas si vd. quiere, que para vengar la ofensa con mis puños me basta. — ¿Pero no le he dicho que ese es asunto terminado, por qué trata de resucitar cosas olvidadas? — Porque esa clase de delitos no se olvidan nunca, y si en lo judicial es negocio concluído, aunque quedaba por arreglar lo personal, yo vengo por esa niña á escarmentar al pícaro, al traidor, al alevoso, en suma, al sinvergüenz a que ha violado su virginidad valiéndose de los medios más inicuos, y que es tan poco hombre, que divulga sus crímenes como por vanagloria, y no contento con eso, vende á peso de oro su específico, para que otro tan pillo como él practique sus infamias; este anillo que dejó en un dedo de su víctima para que diera testimonio, también lo acusa, y esa mancha arrojada por un capricho á una mujer de honor, sólo se lava con la sangre del miserable criminal; pero estamos perdiendo el tiempo, uno de los dos está de más en este sitio, tome las armas y acabemos tan odiosa conversación, y se las acerqué con la punta del pie.

Aquel bribón no se atrevía ni á mirarme, aterrado, descolorido y más muerto que vivo temblaba como azogado, aguantó cuanto insulto se me vino á la boca, lo provoqué de cuantos modos me sugirió mi cólera, y me vi tentado de matarlo como á un perro, pero la última resolución de María me contenía, y no hallando cómo terminar aquello, le tomé un brazo lleno de rabia diciéndole: — En resumidas cuentas, grandísimo cobarde, ó le va vd. á dar sus excusas á esa niña como yo se lo mande, ó tomo la satisfacción por mi mano asesinándolo por collón, y tomé uno de los puñales. — Se las daré, se las daré, me respondió con balbuciente voz, deteniéndome el brazo que había alzado para amagarlo. — Pues marche por ahí, y prosigamos nuestro camino, y á la menor resistencia que haga á lo que le

ordene lo despacho sin más hablar. Recogí las armas, montamos y continuamos nuestra viajata, poco á poco fué volviendo en sí de su confesión, y en conversaciones indiferentes que promoví para darle ánimo, entretuvimos el tiempo: no dejaba de darme coraje gastar más de ciento cincuenta pesos por sólo llevar á pasear á aquel pillo, sin haberle dado más que unos cuantos estrujones, escupirle la cara, y decirle mil majaderías; pero á la menor indicación me ofreció pagarlos, creyendo que con ser franco aquietaba mi cólera, por lo que luego que llegamos á la villa me dió una orden para que D. Hermenegildo me pagara el dinero. Recogimos nuestros caballos, compré un charchina para mi caro amigo, y esa misma tarde mandé al caporal con una carta para D. Pablo suplicándole que con María y Pánfila, estuviera á las doce del día siguiente en el rancho de las Trojes; otro papelito también puse á D. Rosendo diciéndole: — « Si quiere asegurar un dinerito que anda volando, haga por estar en el rancho de las Trojes mañana á las doce; soy de vd. su amigo, etc. »

Muy de madrugada marché con mi señor D. Manuel, que estaba retratable, montado en un caballito abadanado, con las piernas encogidas, el pantalón arremangado en las corvas, porque se le reventaron las pealeras, el frac muy abrochadito con sus puntas de gallardete azotando la anca de su rocinante, el sorbete sumido hasta los ojos, porque la melena continuamente se lo aflojaba, sus guantes color de paja, un bejuquito de ballena por cuarta, tiritando de frío, y botando sobre la silla como pelota á cada trote del cuatatán: poco antes de llegar nos encontró el caporal, me dió una razón y le dije: — Vengase con este bicho, y si se le atranca por ahí échelo á dormir y me trae las orejas. Metí espuelas y me adelanté, dispuse mi plan y me situé en el zaguán del rancho, dejando á D. Pablo y las muchachas sentadas al pie de un fresno del patio: llegó á poco D. Rosendo lleno de curiosidad preguntándome: — ¿Qué dinero es ese que me dice aquí que anda volando? — Me equivoqué, amigo, viene á caballo, mírelo llegar y por cierto que causa risa su facha, si no es vd. guaje, en cuanto acabe yo de terminar el negocio para qué lo traje y que quiero que vd. lo presencia, tómeme la delantera y sáquele una orden de arraigo

hasta que le pague, ó una ordencita come esta para su arrendatario, en fin vd. sabe lo que hace, yo no más aconsejo. — Gracias, D. Alejo, gracias, eso haré, porque ese bribón es un estafador como podré probárselo. Llegó á poco el traviesillo, se quedó el caporal teniendo los caballos, abrí de par en par la puerta del zaguán y se quedaron D. Rosendo y él muy sorprendidos de ver allí á Mariquita que parándose avanzó un poco hacia nosotros. Entonces tomándole un brazo le dije con voz imponente : — Desde aquí hasta donde está esa señorita, de rodillas, y acompañé la orden con un fuerte estirón para abajo, de un manazo le aventé el sorbete hasta el rincón, y como quien lleva un niño que se está enseñando á andar, lo hice atravesar cosa de catorce ó diez y seis varas de patio : así que estuvimos frente á María, ella fué la primera en hablar diciendo : — Diga vd. infame, ¿ cuándo, cómo, ó adónde le dí nunca oídos á sus locas pretensiones, ni mucho menos motivo para que hubiera sido tan vil ? ¿ ese es acaso el modo de conducirse de la gente decente ? — No, señorita, perdone si en un momento de exaltación, indignado por su indiferencia y mal aconsejado por mis compañeros me atreví á... — Basta, exclamé, retírese niña, y así que se reunió con Pánfila le dije : — *Bese vd. esas huellas, caballero, antes que lo estrangule.* — Eso ya es mucho, replicó tratando de pararse, pero afianzándole el pescuezo y poniéndole la boca en tierra, proseguí lleno de cólera diciendo : — Bórrela con el hocico, miserable, y si sobre este asunto vuelve á hablar una palabra, yo lo enmudeceré para siempre. Le refregué la cara en el suelo y dándole un aventón á la vez que un puntapié grité : — Lárguese antes que lo desbarate á patadas ; caporal, déle su caballo, acompañelo hasta la villa y vuélvase para la hacienda. Señor D. Rosendo, á la persona que hable del suceso que vd. no ignora y ha visto aquí corregir, no con la boca sino con su sangre refregaré el suelo ; esta señorita va á ser mi esposa, y espero que vd. será el primero en guardarle todas las consideraciones que merece por sus virtudes. — Sí, amigo D. Alejo, me respondió medio azorado, y también soy el primero en darles á los dos la enhorabuena. — Pues suelte el hilo á su retinto y váyase á asegurar su dinerito que va como alma que se lleva el diablo, mírelo correr á escape, pues si de esta

hecha no le da mal de corazón ó un tabardillo, de sin vergüenza se pasa. Tomé la caja de los susodichos polvos y en su presencia la hice pedazos lo mismo que el anillo y el bejuquito que dejé olvidado, lo hice que me trajera una gran matatena, eché todo en el sorbete que entre los dos nos llevamos para el pozo, y soltándolo dije : — Los indicios que pueden difamar el honor de una mujer, deben sepultarse en la profundidad para que se vuelvan nada. — María, estoy satisfecho de su inocencia, reclamo su palabra, esta es mi mano y no está manchada con sangre humana. — Y esta la mía, D. Alejo, me contestó con entusiasmo. — Y yo los bendigo, dijo Pánfila, porque veo logrados mis intentos.

D. Rosendo partió resuelto á guardar silencio mientras nosotros almorzamos algunas provisiones que Pánfila llevó, les estuve contando los pormenores de mi expedición y hasta que no bajó el sol partimos para la hacienda. Al mes después de esta ocurrencia, María era mi esposa, un año después murió mi patrón, el albacea tenía empeño en colocar á un pariente suyo en mi destino, no le faltó pretexto con que disgustarme, me separé yéndome á radicar á mi antiguo rancho de las mesas en donde como vds. saben puse una Ventecita, en ella iba á parar caballitos y otros comerciantes de la rama, les compraba yo tabaco que mandaba labrar y tenía de ese artículo una bonita utilidad, de repente dejaron de venir, y por no perder á mis marchantes emprendí un viajecito con tres mulas, entablé en el camino relación con Pepe y ya seguimos con más elementos, nos juntamos con Chepe y Tacho que formaban compañía, después se nos reunió el Tapatio, hasta que nos propusimos hacer nuestra sociedad, el nombre de Acambareño, me lo pusieron los cosecheros para distinguirme de los charros del Bajío. Pánfila al fin vino á ser mi cuñada pues casó con uno de mis hermanos, y ha salido hasta cuatera, mi otro hermano también es casado, todos vivimos en familia con mi anciana madre y á pesar de ser nuestras mujeres paridoras y que contamos diez y nueve cabezas de chico y grande, sin incluir los toros padres ni crías al pie, sólo tenemos dos hombrecitos que son los chipillitos, yo me he dedicado al camino, uno á la venta, y otro á las labores, esto es en resumen lo que puedo contarles de los sucesos más notables de mi vida.